

PRÓLOGO: “OPTÉ POR LA VERDAD...”

*“el amor a la propia verdad, a la verdad íntima
... en el caso del poeta, lo enfrenta al mundo”*
OCTAVIO PAZ (1990)

*“La ciudad, poblada por dos clases de personas,
los que hacen negocios y sus víctimas,
sólo es habitable, para el que aprende o
estudia, de forma dolorosa, una forma que
turba a cualquier naturaleza...”*
THOMAS BERNHARD, *El origen*

*“[Antonio] Machado te sirve para vivir y
para pensar,
y para ser un poco mejor, contigo mismo y
con los demás”*
OCTAVIO PAZ (1990)

*“mis prejuicios... no me habían dejado
percibir... la enorme
riqueza de... humanidad densa y calurosa de
este hombre”*
ALVARO MUTIS,
La última escala de Tramp steamer (1988)

*“Mire –le dijo–, son gente que cumple con su
palabra...”*
ALVARO MUTIS,
La última escala del Tramp steamer

*“Obediente a las empresas del hombre, cuya
mezquina desaprensión concedía aún mayor
noblez a ese esfuerzo sin otro premio que el
desgaste y el olvido.
Me quedé contemplando cómo se perdía
en el horizonte y sentí que una parte de mí
mismo se internaba en un viaje sin regreso.”*
ALVARO MUTIS,
La última escala del Tramp steamer

“... jamás coartar la libertad”
ALVARO MUTIS

Supongo que la diferencia en la que alguna vez Álvaro Mutis insistiera –lúcida y bellamente– entre testimonio y ficción, hablando de sus escritos de los años 60, queda zanjada, al menos para nuestros propósitos, con las siguientes palabras del ensayista colombiano Jorge Eliécer Ruíz acerca de “la profunda y desconcertante diferencia que fijara Coleridge entre imaginación y fantasía”:

Para el poeta inglés la fantasía era una calidad subalterna que propiciaba la creación de hechos nuevos. La imaginación, en cambio, es aquella virtud del espíritu que permite encontrar nuevas relaciones entre hechos ya establecidos. La primera engendra los monstruos de la razón. La segunda preside la génesis de la poesía y de la ciencia.

Pero esto es apenas el comienzo.

Don Álvaro nos hace, digamos, una *trampa*, sabe e insiste en que la realidad es inaprehensible, irrecuperable, y que el arte y la literatura pretenden –inútilmente– conservarla, detenerla. Que no se desvanezca –parece decirnos al oído–; no podemos dejarla morir en nuestras manos. Pero morimos con ella. ¿Morimos con ella? Eso es lo que a él le espanta del progreso, su vértigo, su vocación de muerte. Pero toda su obra es un descomunal esfuerzo por llevarse la contraria a sí mismo... y a la más humana de las verdades. Una hermosa *lucha contra la adversidad*. Entonces Mutis remonta la corriente del tiempo, sus aguas... a veces como viajero, a veces como aventurero, otras como peregrino. Y esto –peregrino del tiempo, de las aguas del tiempo... y de la memoria–, en su caso no es una metáfora. ¿Cumpliéndose una vez más y desde siempre el doloroso mito de Orfeo y su fracaso ante la muerte? *Hay que tener una memoria inconsolable*, le oí decir a Alejandro Obregón. Y el poeta brasileiro Mario de Andrade, a quien Mutis tanto quería, nos fija el verdadero curso del tiempo: “*Tenemos dos vidas / y la segunda comienza / cuando te das cuenta que sólo tienes una...*”. Pero también esta verdad es esquivada, o, digamos, invisible.

Pocas veces los dioses nos conceden –dice Mutis en el Tramp steamer– que se corran los velos que disimulan ciertas zonas del pasado; tal vez se deba a que no siempre estamos preparados para ello. Ignoro qué tan felices puedan ser aquellos que consultan oráculos más altos que su duelo”.

Y completa Paz:

“... el amor está ligado a la idea de la muerte de una persona única. Esa persona única es nuestro destino (1990).

Rematemos con otras palabras tuyas dichas en esa misma conversación con Álvaro Mutis (1990): “... en ciertos poetas excepcionales, se juntan la vida y la obra” (O. P.).

Lamento haber comenzado dando opiniones, pero es culpa de la conmoción y del asombro que me ha causado la lectura de estas páginas sobre Álvaro Mutis, que para mí son, unas y otro, gozos inabarcables.

No voy a enumerar ni a referirme siquiera a lo que el lector encontrará al abrir este libro, pero sí a algo de lo que sentirá al cerrarlo:

– una obra que permanece –como la de Mutis– prolonga, permite, afianza, sostiene la conversación entre generaciones, y entre una generación que busca fijar y acordar sus propios asuntos... fundamentales;

– los autores aquí presentes, con un largo trasegar en la obra de Álvaro Mutis, ponen en vilo sus saberes y su responsabilidad, obligándonos a depurar este diálogo... de nunca acabar;

– dichos trajinadores del mundo académico, los autores aquí convocados han sabido ir más allá y equilibrar la balanza de los discursos, que antes solían solo poner a prueba algunas nuevas y bien elaboradas teorías contra un indefenso objeto de estudio, supuestamente ajeno al saber;

– este libro, al leerlo y considerarlo en su conjunto, como si estuviera insólitamente escrito por un solo autor, abre con su enorme esfuerzo las puertas que aislaban las múltiples

habitaciones de esta enorme casa mutisiana, alumbrando incluso sus corredores, reconociéndola así como una Obra, una unidad, aprovechando todos sus escritos como partes de una obra única, completa, coherente, compacta... que plantea hondas reflexiones –incluso sobre ella misma...

– si no sabemos lo que Mutis piensa sobre la literatura, sobre la nefasta historia humana, lo sagrado, la amistad, el fragor del presente, el amor, la naturaleza, lo ético, el dinero, el carácter de los hombres, el ejercicio del poder, el sueño, la memoria, el paso del tiempo, la poesía y el destino visionario... y la vida misma, no se apreciará ni valorará cabalmente la complejidad de cada una de sus obras ni se recibirá lo diáfano de su estímulo;

– la velada propuesta que hace este libro, si lo consideramos y asumimos así, como una totalidad, es fijar un centro para la obra de Álvaro Mutis, y que este sea la figura del Gaviero –incluso en sus obras más autónomas, “La muerte del Estratega”, “La mansión de Araucaíma”, “El último rostro”...–; audaz licencia editorial que nos ofrece una rica perspectiva sobre la obra mutisiana, y nos permite recorrerla y articularla, aprovechando mejor las reflexiones independientes que ella y sobre ella se hacen, en forma más eficaz y abundante, tras este hilo de oro que ata tan distantes y brillantes faros...

Resumamos: acoger un número considerable de ensayistas hace visible que se necesita la conformación de un conjunto para seguir tras las rutas de Álvaro Mutis; este conjunto como tal crea un centro y escoge para ello “lo humano” –el Gaviero–, un personaje que Mutis ha dado a la literatura mundial, como apostó al decirlo Alastair Reid hace 30 años; considera su obra como totalidad –poesía, prosas, relatos, novelas, escritos de prensa, conferencias, lecturas...–, e incluye en ella su vida –entrevistas, cartas, diario, afinidades electivas...–. Es decir, este libro ordena su obra de la manera más fecunda posible, para ir al acecho de su sentido...

Es así como este caleidoscópico volumen le lleva la contraria a don Álvaro, dándole también la razón. Hace muchos

años, al dar Mutis a la publicación en México un nuevo libro suyo de poesía –tal vez *Los trabajos perdidos* (!)–, dijo en la prensa: “un libro más... que se perderá en la frágil memoria de los amigos...”. Pero veinte años después, escribe en una de sus novelas: “–*Las historias* –me contestó– *no tienen final, amigo. Esta que me ha sucedido terminará cuando yo termine y quién sabe si tal vez, entonces, continúe viviendo en otros seres*”. Que es lo que aquí está sucediendo, y en qué forma.

Así, este libro le ofrece al lector la obra de Álvaro Mutis en un mural, un extenso, inesperado y sorprendente mural, o en una gran pintura cubista que reúne sus *fragmentos*, equipara sus diferentes temas y asuntos, junta sus interpretaciones y “puntos de vista”, recoge los pedazos del espejo roto de su reflexión en las piezas de su obra, uniendo las muchas perspectivas en un solo conjunto, como hicieran los cubistas y la propia obra de Mutis al conjurar en una sola pintura la ciudad inabarcable, abierta en tantas y tantas visiones... del espacio, el ser y del tiempo.

Esto es lo que hace para mí con su edición este libro: relacionar las piezas autónomas de una obra mayor, trayendo para ella y para cada una gran riqueza, proponiendo así su atenta, nueva, personal y fecunda relectura... Sí, tal vez sea este su no explícito propósito: devolvernos a la luz que originó el sendero.

Si bien la poesía de Álvaro Mutis ha sido considerada a veces como una *hermosura quimérica* y de una *desolación interminable*, es hoy para mí, como todos sus escritos y su mismísima persona, una droga eficaz contra el desamparo y una manera de prevenir el infortunio.

La suma de heridas de su obra plantea enormidades sobre una sociedad que no sabe sanar, y una patria hecha de atropellos, lastimaduras, enconos y humillaciones, sin traficar con esperanzas. A veces releo su texto “La Creciente” (1945) como la muy viva representación que él nos hace de la Historia, y en medio de todo esto afirma su actitud y la persona. En algún momento de su vida se habló de una larga relación

con su compatriota García Márquez. Sí, hay aquí una lección importante, que brota de *una amistad en tiempos canallas*. Él mismo lo dice una y otra vez de las más bellas y diferentes maneras:

Y los susurros, quejidos, llamados en las galerías de las minas, voz de la tierra abriéndose paso en la tiniebla de un ámbito en donde el hombre es acogido sólo a cambio de su renuncia de los dones del mundo.

Los mitólogos nos lo dicen todo el tiempo, saben que ritos de profundas verdades persisten en *pequeños hábitos*, que esa es la forma de quienes optan por su antigua verdad... Es decir, la lucidez opta por la inocencia.

Maqroll –o lo que él representa– es el hilo de Ariadna que nos puede conducir a través de toda su obra, incluso cuando creemos que no está presente, y es su compañía y la de su autor la que, personalmente, me permite cruzar el gris laberinto en el que con tan lamentable frecuencia convertimos el corazón humano, y sus abrumadoras ciudades de hoy, ese “sombrió hacinamiento de construcciones” en el que nos extraviarnos; oscuridades que han debilitado “las razones profundas, esenciales, para vivir”, como febrilmente se duele Bolívar viajando hacia la muerte en su narración “El último rostro”, donde en un noble y lúcido rosario de fuego y pena enumera nuestras más hondas ingratitudes, mezquindades y pobrezas –un alma en harapos, un abismo–, sobre el que alguna vez le pedí como editor eliminara para siempre el subtítulo de “(Fragmento)” con el que solían publicarlo, desviando equívocamente la atención hacia una curiosidad, en uno de los más intensos, íntimos, íntegros y estremecedor de sus relatos.

Sobre estos tiempos y con otra mirada –desconcertantemente optimista ante el desbordamiento–, dice el estudioso Joseph Campbell, atrayendo para mí hacia el Gaviero la luz del lector:

El actual es un momento muy interesante: no existen modelos para nada de lo que está sucediendo. Todo está

cambiando... Se trata de un período de caída libre en el futuro, y cada uno debe afrontarlo a su manera. Los viejos modelos ya no funcionan; los nuevos aún no han aparecido. De hecho, somos nosotros mismos los que ahora estamos dando forma a lo nuevo al modelar nuestras interesantes vidas. Y tal es el sentido (en términos mitológicos) del desafío del presente... (1980).

Es este el puerto al que llegan, o del que levantan anclas, tanto la obra de Mutis como este volumen. Y en su manera de afrontar el viaje (*“El viaje de Maqroll es la metáfora de la realidad total, la vida entera”*, según A. Reid), o la tormenta, está su respuesta... invisible: *“... como si usted me estuviera transmitiendo alguna oculta señal de una secreta hermandad...”* (A. M.).

Una discreta, silenciosa y fraterna cofradía, digamos, cuya lealtad late en este libro, la de la humanidad que opta por una verdad revelada en esa *segunda vida* que la presencia de la muerte nos hace ver en el último fulgor de la luz de nuestro atardecer, donde una decidida y vigorosa disidencia, presentada como *insurrección solitaria* (así nombraba Carlos Martínez Rivas la poesía – lo que llamamos desde siempre, y el mismo Mutis lo hace, *sus derrotas*), sobrevuela una realidad inadmisibile, escuchando desde muy adentro hondos secretos... de la especie. La *“seguridad del viajero consiste en no tener nada que perder”* (A. R.), salvo la permanencia de un alma, que nos pertenece a todos.

Santiago Mutis Durán
Bogotá, 2018